

LA FECUNDIDAD DEL CANASTERO COMUN

POR

RAFAEL BARROS V.

Ingeniero Agrónomo y de las Dunas de Llico.

Hay un hecho biológico que parece ser común a todas las aves: es el de que producen en cada nidada un cierto número de huevos, más o menos fijo, o que fluctúa entre límites muy estrechos; sin embargo, este número varía considerablemente de unas especies a otras. La cantidad de huevos que pueden poner en cada nidada se mantiene fija, limitada, si las aves viven en libertad, aunque la especie que se considere posea una alta fecundidad, que le permita efectuar varias nidadas, durante la temporada de procreación. Ciertas aves mantenidas cautivas no se reproducen; otras, por el contrario, lo hacen sin dificultad, y aun hay algunas que ven acrecentarse su fecundidad, ya sea prolongando el tiempo en que se reproducen, o produciendo un número de huevos anormal.

Pero también hay especies de aves que, en libertad, sufren una verdadera excitación de su prolificidad, si encuentran tropiezos para llevar a término su nidada, ya sea por causas accidentales o porque algún enemigo les haya destruído el nido, los huevos o bien los polluelos. No es que se excite el ardor genésico, sino el anhelo de reproducción, el deseo de ver asegurada su progenie, con lo que, inconscientemente, luchan por perpetuar la especie.

Por esta causa puede prolongarse mucho la época de repro-

ducción, en ciertas aves que habitualmente anidan temprano. He sabido de una pareja de queltehues, *Belonopterus cayennensis chilensis* (Molina), que habiéndosele quitado repetidas veces sus huevos, llegó a prolongar su postura anidando varias veces en distintos sitios de un reducido sector, en el Valle de Nilahue, hasta fines de Diciembre, época en que todavía intentó salvar una nidada.

A circunstancias extrañas que alteran la reproducción normal, habría que atribuir en muchas aves, las nidadas excesivamente tardías que suelen observarse.

Un ave muy fecunda por naturaleza y que puede producir numerosos huevos al quitárselos sin permitirle realizar la incubación, es el gorrión común de Europa, *Passer domesticus domesticus*, Linneo, aclimatado en nuestro país.

Th. Bisschop, citado por el Dr. Hans Seckt (1), consiguió que una hembra de esta especie pusiera 29 huevos en el transcurso de unos cuatro meses, según lo publicó en *Le Gerfaut* (Bruselas), tomo XIII, 1923, pág. 23.

Entre las aves chilenas tenemos una especie mucho más notable a este respecto, que presenta un caso sorprendente de fecundidad: es la taguatera, o canastero común, *Asthenes humicola humicola* (Kittlitz) (*) avecita conocida con numerosos nombres vulgares: canastero, taguatera, cantarota, cona, rota, bolaria, etc., según las regiones. En la provincia de Curicó el más conocido es *taguatera*.

El canastero común, o taguatera, ofrece gran interés para el observador, en particular por sus curiosos hábitos de nidificación. Esta avecita que se muestra poco, que de costumbre pasa gran parte del tiempo oculta entre los matorrales, en las partes más tupidas y oscuras buscando su alimento, para anidar elige puntos más o menos despejados, destacándose su gran nido en los árboles o arbustos donde lo construye, en sitio bien visible e iluminado por el sol. Es largo, vertical; un cilindro de más de 25 centímetros de altura, cuyo extremo inferior es cerrado, redondeado y cuya parte superior tiene una estrecha abertura. Es una especie de torre blindada, con entrada por el vértice. En el fondo está la cuna, la parte acolchada, destinada a abrigar los huevos y los pollos; es el nido propiamente dicho, formado de fibras vegetales y flores

(1) DR. HANS SECKT. *Bibliografía Ornitológica de 1923, con complementos de 1922*, en «El Hornero», Vol. IV, pág. 473. Buenos Aires, 1931.

(*) Hemos deseado ilustrar este artículo de nuestro asiduo colaborador con una lámina, para lo cual solicitamos y obtuvimos del Dr. R. A. Philippi las dos fotografías tomadas a las colecciones del Museo Nacional de Chile. (N. DE LA REDACCIÓN).



CANASTERO (*ASTENES HUMICOLA HUMICOLA*, Kittlitz)
Y SU NIDO. (Original).

secas y blandas. La defensa exterior es fabricada de ramillas y palitos secos; con preferencia, de los que están provistos de espinas que coloca estratégicamente, con las púas hacia el exterior: así sus materiales preferidos son las ramillas de espino (*Acacia cavenia*), y trevo (*Trevoa trinervia*).

Pone 3 a 4 huevos blancos, por lo común 3 huevos en cada nidada, y hace una a dos nidadas de Septiembre a Noviembre.

Quitando a la taguatera los huevos a medida que los produce, puede hacérsele poner muchos en un período, a veces, no mayor de un mes.

Desde niño conocía la singular fecundidad de este pajarillo, cuando me divertía con mis hermanos recolectando huevos. En 1932 me propuse investigar sobre la postura de esta ave. Pero transcurrió todo el mes de Septiembre sin que pudiera empezar las observaciones, perdiendo un tiempo precioso. El 11 de Octubre hice una excursión y hallé diversos nidos; entre ellos, uno de canastero común con cuatro huevos, cuya incubación estaba muy avanzada: los polluelos casi al nacer.

Rompí los huevos y reparé la abertura por donde los extraje del nido, al que visité nuevamente el 14 a las 4 P. M. De él escapó un canastero; pero, como es natural después de un período de incubación, el ave todavía no había vuelto a poner.

El 20 de Octubre regresé a la 1 P. M.; el ave salió del nido, en el cual hallé un huevo, que extraje. El sitio por donde anteriormente lo había perforado para quitar los huevos, punto por donde siempre volví a abrirlo, había sido cuidadosamente refaccionado por el interior, con abundantes materiales vegetales blandos, como acostumbra hacerlo cuando le violan el nido, siempre que la rotura se haya dejado cerrada. Exteriormente no se notaba reparación alguna en el recio blindaje de espinas.

El 22 a las 6.10 P. M. extraje otro huevo. Ningún canastero había en los alrededores.

El 26 en la tarde, el nido contenía dos huevos, que retiré, como los anteriores. El ave estaba encerrada en él. El 31 lo visité a las 11½ A. M.; había un huevo, que levanté.

El 4 de Noviembre tomé otros dos huevos del nido de taguatera, y otros dos el día 7, a las 6½ P. M. El 10 y el 11 lo visité en la tarde, sin hallar huevos; el ave estaba dentro de su construcción el día 10.

El 15 volví a ver el nido a las 11 A. M.; había en él dos huevos, que saqué; el ave estaba allí. Igualmente encontré al canastero recluso en su castillo el 19, a las 10½ A. M.; tenía dos huevos, que retiré.

El 22 de Noviembre inspeccioné el nido a las 6½ P. M., sin

hallar huevos; pero el 24 lo examiné a las 5 P. M. y contenía uno, que extraje. Al día siguiente lo visité de nuevo; no hallé huevos, pero se notaba que había sido refaccionado interiormente por su dueño.

El 28 fuí a ver mi nido de canastero a las 7 P. M.; el ave no se hallaba en él, pero había dos huevos que saqué, como los otros.

El 1.º de Diciembre volví a visitar mi nido; pero tuve el sentimiento de hallarlo abierto en el sitio por donde acostumbraba examinarlo. Alguién lo había encontrado y después de registrarlo, lo dejó así. Cerré con cuidado el agujero, confiando en que el canastero continuaría su postura; pero éste, que ya con anterioridad habría inspeccionado su construcción dañada, la abandonó, como siempre hace, cuando halla su nido abierto por alguna rotura.

Probablemente no volvió a anidar, siendo ya el tiempo muy avanzado. Por esta causa debí interrumpir las observaciones, después de haber quitado veinte huevos del mismo nido en menos de dos meses.

El amor, la fidelidad de la taguatera al nido es tan grande, que no lo abandona sino en circunstancias extremas, como ser el hallarlo abierto por alguna rotura grande de su muralla de espigas.

En el mismo fundo «El Romeral de Pilay», situado a 10 kilómetros al oriente de San Francisco de Mostazal, donde realicé las observaciones anteriores, hallé un nido de canastero común el 4 de Octubre de 1933, construido en un espino, a 1.60 mt. sobre el suelo. El ave salió de él; eran las 12 M. Al examinarlo encontré dos huevos, al parecer puestos varios días antes, aunque estaban claros. Eran huevos muy añejos y quité sólo uno de ellos. En el fondo del nido había también una piedra redonda que alguien había echado por la entrada. Esa piedra había quebrado uno o más huevos, cuyos restos estaban adheridos a ella. A pesar del accidente y aunque el guijarro ocupaba buena parte del fondo del nido, lo que impedía efectuar la incubación, los dueños no habían abandonado su casa.

El huevo que dejé después de quitar la piedra, desapareció, probablemente destruido por inútil.

Las taguateras repararon el nido interiormente y la postura se reanudó el día 12, no obstante las importunidades de un par de diucas que querían anidar en el mismo espino, y continuamente rondaban a su alrededor.

Ese día, una hembra de tordo argentino, *Molothrus bonariensis bonariensis* (Gmelin), a las 4 P. M. se aproximaba con insistencia al nido, a pesar de las protestas y defensa pacífica

de ambos canasteros, hasta que logró abrirlo por el punto donde yo había quitado las espinas para examinarlo. Intervine entonces ahuyentando a la intrusa; cerré la abertura y protegí este punto con espinas.

El ataque a este nido por la hembra de tordo argentino, no con el objeto de parasitarlo, sino para comer los huevos, me explica la abertura del nido observado el año anterior, que causó su abandono, como ya expliqué.

Al día siguiente el nido encerraba dos huevos, de los cuales saqué uno. Desgraciadamente la observación se interrumpió, porque unos muchachitos destruyeron el nido.

Posteriormente no he tenido oportunidad de repetir mis experimentos.

DUNAS DE LLICO, 16 de Abril de 1938.

